

MACAGUA

Carlos Stohr

Tinta sobre Papel

2002

Macagua, en la Isla de Margarita, equivale a decir; ponchita o gallinita de monte. Se cría silvestre o casera. Es una especie que está casi en extinción. Se consiguen algunos ejemplares todavía, por las montañas de El Tamoco, hacia el Norte o por las de El Copey, que llegan hasta San Juan Bautista hacia el Sur. Hay algunas diferencias entre unas y otras, pero no muy destacadas, sobre todo en el color del pico y de las patas.

Para los Guaiqueríes de Margarita, la Macagua era un animal pavoso. No se le podía comer ni su carne ni sus huevos, porque era caer en desgracia. Cuando la miraban, se ruborizaban porque dice que era mabitosa y transmitía malos augurios, y al escuchar su

canto o silbido, se taponaban los oídos, con los dedos, lo más que podían, para no seguir percibiendo los maleficios que transmitía. El alejarse bastante de ella era medida de precaución. Contaba la vieja leyenda, que en una época remotísima, tan remotísima que sólo se sabía porque se la venían traspasando de unos a otros, como herencia, después de una tormenta que duró varios días con sus noches, y durante la cual parecía que la mar se quería tragar a la tierra, recaló a una playa de la Isla, una mujer desconocida, montada sobre un grueso tronco, que para alguna era de jobo montañero y para otros, de mastre o alatrique. Que esa mujer lo único que trajo consigo, fue una gallinita muy distinta a las que acá se conocían y a la cual denominaba

Macagua. Que el animal recién llegada, puso dos huevos, de donde nacieron dos pollitos, uno macho y otra hembra, que se encargaron de ir reproduciendo la especie y regándola por distintos sitios, que tampoco era mucha ni aumentaba muy rápido, porque sólo ponían dos veces en el año y dos huevos por postura. Que a esa mujer la gente le tenían recelo, porque nunca quiso decir quién era ni de donde venía. Que vivía de lo que encontraba, silbaba igualito al animal y daba la impresión de tener contacto con el Pecado Malo, porque se la pasaba haciendo cosas raras y caprichosas, acompañada de moriquites, guaraguaos, culebras y cuantos animales carroñeros, rapaces y ponzoñosos había, que no la desamparaban en ningún momento y como si sabía lo que les decía. Un día, que hubo otra tormenta con truenos y relámpagos, la encontraron muerta dentro de un "turaral", y por piedad le recogieron su cuerpo y le dieron sepultura, pero desde ese momento se percataron, que el animal que había traído y los que aquí se habían reproducido, cambiaron el silbido y empezaron a entonar uno más lánguido y triste, que parecía decir: soy sola, soy sooola, sooooy sooola, sooooooy soooooola.....

Desde ese momento se empezó a correr la voz, de que esos animales habían absorbido el espíritu de la muerta y que no eran otra cosa sino la mismita ánima sola, y tanto era así, que cuando cantaba cerca parecía que estaba lejos y cuando lo hacía lejos parecía

que estaba cerca. Por ese motivo no quisieron más nunca probar sus huevos ni su carne y tenerle pavor cada vez que la miraban, o escuchaban aunque tenuemente fuese, su canto lánguido y triste.....

Escrito de José Joaquín Salazar Franco "Cheguaco"